

Marcela Terrazas y Basante
Gerardo Gurza Lavalle

*Las relaciones México-Estados Unidos,
1756-2010.*

*Volumen I. Imperios, repúblicas y pueblos
en pugna por el territorio 1756-1867*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas, Centro de
Investigaciones sobre América del Norte/Secretaría
de Relaciones Exteriores

2012

523 p.

Ilustraciones, mapas

(Historia Moderna y Contemporánea, 58)

ISBN 978-607-02-3456-1 (obra completa)

ISBN 978-607-02-3468-2 (volumen 1)

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de agosto de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/mexusa/v1imperios.html>

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

PRESENTACIÓN

En el atrio del templo de Apolo en Delfos se leía la inscripción “conócete a ti mismo”; atribuida a una docena de antiguos filósofos, esa frase ha sido reutilizada por los escritores a través de los siglos (Pope, Coleridge, Franklin, Emerson) y admite numerosas y diferentes —y délficas— interpretaciones. De acuerdo con una de ellas, el “conócete a ti mismo” puede servir como lema oficial del gremio de historiadores que tradicionalmente se han centrado en temas cercanos a casa. Por lo general, eso ha significado estudiar la historia de su propio país o de la patria chica, aunque en tiempos recientes se ha puesto de moda una nueva forma de parroquialismo historiográfico, potencialmente tan necio que prescribe que sólo las mujeres deben estudiar a las mujeres, los negros a los negros, los subalternos a los subalternos y así de manera sucesiva.

De tal manera, el tradicional parroquialismo nacionalista ha dado lugar a nuevos parroquialismos más de moda, pero el lastre de aquél todavía existe y se ve en la enorme cantidad de historiografía nacionalista —historias de Inglaterra redactadas por ingleses, de Estados Unidos escritas por estadounidenses y de México elaboradas por mexicanos. Por supuesto, hay cierta ventaja comparativa en investigar el propio país —el idioma y la “cultura” son más accesibles y los archivos se encuentran cerca—, y quizás hay una lógica colectiva según la cual los historiadores, vistos como una “comunidad epistémica”, primero consolidan su base nacional antes de lanzarse a explorar tierras extrañas. Pero a medida que se expone esa base y conforme la comunidad epistémica crece, se vuelve deseable, y hasta necesario, que sus horizontes se amplíen y la historiografía nacional no se atrofie, sino que al menos se complemente con investigación de la historia extranjera, internacional o —también de moda hoy en día— “transnacional”.

Aparte de la atracción intelectual inherente a tener horizontes más amplios —permítaseme otro proverbio clásico del poeta Terencio, también grabado, esta vez, en una viga de la casa señorial de Montaigne: *Humani nihil*

a me alienum puto; “nada de lo humano me es ajeno”—, hay dos razones más prácticas para complementar la historia nacional con la extranjera o internacional. Una es que la historia nacional no puede entenderse de manera aislada. Si “ningún hombre es una isla”, lo mismo es cierto para los países, aun para aquellos que tratan de construir murallas chinas, ya sea a través de las suaves colinas de la Mongolia Interior, por la ribera occidental del río Jordán o en las áridas tierras del sur de California. Los países influyen sobre otros, especialmente en sus vecinos cercanos, por medio del comercio, de la inversión, la diplomacia, la migración, el turismo, el contrabando, el crimen, la cultura y la guerra. Aun cuando una relación sea marcadamente asimétrica, como en el caso de México y Estados Unidos, la influencia se da en ambas direcciones. Por tanto, de manera especial conforme la relación se hace más estrecha a través de los años, la historia de la Unión Americana no puede entenderse sin tomar en cuenta la influencia y el papel histórico de México, de la misma manera que la historia de México ha sido fuertemente moldeada por la proximidad y la política de Estados Unidos.

Y mientras que las afirmaciones de la utilidad práctica de la historia son a veces simplistas o exageradas, es cierto que el conocimiento histórico ayuda a entender mejor la relación bilateral. O, para decirlo de otra manera, más negativa y matizada, la falta de conocimiento histórico puede ser una gran desventaja, como se dio cuenta Josephus Daniels cuando, nombrado embajador estadounidense en México, en 1933, tanto él como su jefe, el presidente Roosevelt, parecían haber olvidado que, como secretario y subsecretario de la Marina, en 1914, habían jugado un papel clave en la ocupación del puerto de Veracruz.¹ Por el lado mexicano, en especial, voy a sugerir que el conocimiento histórico ha sido tanto útil como inevitable, mientras que Estados Unidos, como la potencia más poderosa, podía gozar de cierta amnesia fortuita. Es decir, si en el pasado los historiadores mexicanos han tenido cierta tradición de nacionalismo público oficial —como lo muestra esta obra—, que rechaza una preocupación intelectual por las cosas norteamericanas,² los políticos y diplomáticos mexicanos que tienen que manejar la relación bilateral se han esforzado para entender mejor al coloso del norte,

1 Graham H. Stuart, *Latin America and the United States*, Nueva York, D. Appleton-Century, 1943, p. 183.

2 Mauricio Tenorio, “De encuentros y desencuentros: la escritura de la historia en Estados Unidos. Ensayo de una visión forastera”, *Historia Mexicana*, v. XLVI, n. 4, abril-junio, 1997, p. 889-925.

incluso su historia. En vez de “conócete a ti mismo”, su lema quizás ha sido el aforismo del filósofo chino Sun Tzu: “conoce a tu enemigo”.

Una segunda razón para aventurarse más allá de la historia nacional, aunque tiene menos lógica práctica, se justifica ampliamente en términos intelectuales. Otra cita poética se me ocurre: “¿Qué conocerán de Inglaterra los que no conocen nada más que Inglaterra?” (Kipling) o, en este caso, México. Es decir, un enfoque estrecho y solipista nacional/nacionalista impide la comparación, el contraste y un mejor entendimiento. O, en la terminología de la ciencia política actual, las variables en el caso x no pueden evaluarse correctamente sin introducir un grupo de control de variables del caso y . Por ejemplo, un análisis del subdesarrollo económico mexicano o latinoamericano exige tomar en cuenta casos contrastantes, como el de Estados Unidos.³ El indigenismo mexicano del siglo XX puede contrastarse de manera útil y positiva con la política “indígena” de Estados Unidos. El presidencialismo en México y en la Unión Americana ofrece ejemplos divergentes de un solo sistema político. En todos estos casos, la comparación puede arrojar luz en ambas direcciones y no solamente hacia México en términos negativos, como suele suceder, con Estados Unidos sirviendo como palo para castigar un México subdesarrollado, corrupto, autoritario, violento, etcétera. Porque, como voy a mencionar a manera de conclusión, Estados Unidos, no obstante su proclamado “excepcionalismo”, comparte características importantes con las demás repúblicas poscoloniales de las Américas, con México incluso, y hay aspectos particulares de la historia estadounidense menos obvios que muestran rasgos distintivos “latinoamericanos”, aun cuando estas semejanzas raramente se admiten. Andrew Jackson, por ejemplo, tiene mucho del caudillo popular decimonónico latinoamericano; el Viejo Sur, que se volvió la Confederación en los años de 1860, ostenta las características de una sociedad agraria señorial y racista, que se compara no sólo con Brasil y Cuba, los casos evidentes, sino también con el Yucatán porfirista, mientras que Huey Long, el cacique populista de Luisiana de la década de los treinta del siglo XX, hubiera encajado muy cómodamente en la cultura política del PNR/PRM/PRI.

Los historiadores, entonces, pueden beneficiarse de horizontes más amplios si prestan atención a aquellos vecinos que ejercen una influencia significativa, que tienen un impacto directo en la historia nacional y que ofrecen

3 Stephen Haber (ed.), *How Latin America Fell Behind: Essays on the Economic Histories of Mexico and Brazil, 1800-1914*, Stanford, Stanford University Press, 1997.

oportunidades fructíferas para comparaciones y contrastes. Por supuesto, dicho impacto transfronterizo es abordado en innumerables historias de las relaciones México-Estados Unidos —la bibliografía de esta obra, una herramienta de investigación muy valiosa en sí misma, nos da abundantes ejemplos de ello—. Sin embargo, los estudiosos de esta relación han adoptado con demasiada frecuencia una perspectiva de su tema excesivamente estrecha. En algunas ocasiones, ello ha implicado utilizar —de manera explícita o no— el modelo de la “bola de billar” favorecido por la escuela del realismo clásico en las relaciones internacionales. Conforme a este modelo, las bolas —los estados— ruedan por el paño verde, cada una dotada de su masa y su *momentum*; las colisiones consecuentes determinan el resultado del juego y no hay por qué mirar al interior de cada bola, ya que dentro del juego internacional cada una de ellas obedece a la misma lógica newtoniana. Por supuesto, el modelo debe reconocer que algunas bolas son distintas y tienen pesos diferentes; por tanto son fuerzas menores o mayores, no es un juego de billar convencional. Sin duda, las versiones más sencillas y reduccionistas del modelo son poco utilizadas hoy en día, por lo que es obligado adoptar la medida de examinar el interior de las bolas. Pero, ¿qué tanto y cómo se pueden analizar y pesar los ingredientes de las bolas? Y en este punto se viene abajo el modelo del juego de billar. El “giro cultural” en la historia diplomática puede haber traído consigo algunos sueños extraños, pero al menos ha ayudado a enfatizar la diversidad de factores en juego en las relaciones internacionales —y bilaterales—, facilitando un mejor ajuste entre éstas y la historia, incluyendo la nueva historia “transnacional”.

También es posible que el realismo clásico haya atraído a algunos historiadores de las relaciones México-Estados Unidos porque simplificaba las cosas. Del lado mexicano, las historias más viejas tendían a adoptar tonos nacionalistas y resentidos, sobre todo en algunas versiones católicas. Estados Unidos era un ogro amenazador, protestante y depredador y, como un ogro es un ogro, no era necesario hacer un análisis sensible y sagaz de la política y los motivos estadounidenses. Del lado de la Unión Americana, los estudiosos daban por sentado que ese país era el actor dominante y México era la víctima bastante pasiva —beneficiada en ocasiones— de sus actos, y que el análisis de la causalidad, incluyendo algunas veces la cuota de alabanza o de culpa, tenía que enfocarse de lleno en los procesos y las decisiones del país del Norte. El terreno de la acción estaba al norte de la frontera; la política estadounidense era el motor de las relaciones entre Estados Unidos y México.

Es interesante que al asumir esto, los investigadores norteamericanos radicales con mucha frecuencia coincidían con sus colegas conservadores: México tenía que bailar al son que su vecino del norte le tocara. Por supuesto, podía esgrimirse el argumento de que los nacionalistas mexicanos y los especialistas estadounidenses —radicales y conservadores— se coludieron en la creación de un enfoque sesgado en el que la política de Estados Unidos era el tema central, el poder norteamericano se imponía y México, como los melios cuando se enfrentaron a los atenienses en el año 416 a. C, tenía que plegarse, le gustara o no.⁴

Uno de los méritos de *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010*, obra compuesta por dos volúmenes —*Imperios, repúblicas y pueblos en pugna por el territorio, 1756-1867* y *¿Destino no manifiesto?, 1867-2010*—, es que ha descartado el enfoque de las bolas de billar y que trata tanto a México como a Estados Unidos no como simples actores unitarios sino, más bien, como colectivos complejos que ameritan estudiarse y entenderse por separado. Además, aun cuando este último puede ser a menudo claramente dominante, la relación es de ida y vuelta, recíproca y dialéctica. México está lejos de ser una víctima inerte y como en las últimas décadas la relación ha crecido y se ha vuelto más intensa, los múltiples lazos políticos, económicos, sociales y culturales que unen a los dos países han hecho bastante anacrónica la noción de un actor único, monolítico, dándole órdenes a otro. Sin duda, una forma de resumir la historia —compleja, difícil de explicar y de ninguna manera fácil de abreviar— es ver que al paso de los años la relación bilateral se intensifica, a medida que las nuevas interacciones se injertan en las viejas y se agregan y entretejen nuevos hilos, creando finalmente un verdadero nudo gordiano; razón por la cual pienso que la redacción de las últimas secciones del volumen *¿Destino no manifiesto?, 1867-2010* implicó un esfuerzo titánico en lo que se refiere a la organización y el análisis.

En un principio, las relaciones entre México y Estados Unidos fueron más que nada políticas: comprendían la política de Estado, las tensiones en los asuntos de la frontera, la guerra y los tratados; todo referido cuidadosamente en el volumen *Imperios, repúblicas y pueblos en pugna por el territorio*. “Entre la fuerza y la debilidad, el desierto”, resume la situación inicial,

4 Como los atenienses dijeron a los melios: “Los fuertes hacen lo que tienen el poder de hacer y los débiles aceptan lo que tienen que aceptar”. Tucídides, *The Peloponnesian War*, Harmondsworth, Penguin Books, 1984, p. 402.

incluso cuando las relativas fuerzas de la Nueva España borbónica y del naciente Estados Unidos no eran claras en lo absoluto. Pero a medida que la Unión Americana se consolidó a principios del siglo XIX y la Nueva España, cansada de la guerra, se transformó en la inestable República Mexicana, el desierto comenzó a encogerse en forma lenta. En otras palabras, la expansión de una clase de frontera —la frontera de la colonización— empezó a crear una realidad de otra índole: el surgimiento de la frontera internacional entre los estados vecinos de México y de Estados Unidos. El episodio decisivo en este proceso conflictivo fue la Guerra de 1846-1848, referida con agudeza en este mismo volumen. Aunque no podía saberse en aquel momento, esa guerra tuvo como resultado el establecimiento de la frontera de la manera como quedaría, con excepción de algunos ajustes —como La Mesilla y el Chamizal—, durante el siglo y medio siguiente y, con seguridad, en el futuro previsible. El control de la frontera permanece, desde luego, como el tema central de la relación bilateral, sobre todo cuando han surgido enormes ciudades gemelas, los derechos sobre el agua han adquirido una importancia creciente y el comercio en la frontera, tanto legal como ilegal, ha cobrado auge.

Aparte de ser un límite internacional, la frontera se ha convertido en una zona de transacciones económicas intensas que involucran bienes, gente y servicios. Esto refleja, a su vez, la notable historia de la integración económica de Norteamérica. Hacia 1870, únicamente el 3% del comercio de México cruzaba la frontera norte, en tanto que aún prevalecían los lazos económicos tradicionales con Europa. Además, dada la crónica inestabilidad política de México, la insolvencia de su gobierno y las comunicaciones deficientes, la inversión extranjera era escasa. Para ese tiempo, Estados Unidos era deudor neto, importador y no exportador de capital. El régimen de Porfirio Díaz (1876-1911) se encargó de convertir el círculo vicioso en un círculo virtuoso de estabilidad, inversión, exportaciones y crecimiento. Díaz no fue un vendepatrias; hizo un gran esfuerzo para guardar un equilibrio entre la influencia europea y la americana y, como se ve claro en el volumen *¿Destino no manifiesto?, 1867-2010*, su política en los últimos años estuvo teñida de un claro “nacionalismo defensivo”, evidente, por ejemplo, en la política ferroviaria y minera. Sin embargo, el equilibrio económico apuntaba hacia el norte, tendencia que más tarde fue alentada tanto por la Revolución mexicana como por las dos guerras mundiales. Fue así como el Tratado de Libre Comercio (TLC) consolidó después la reorientación a largo plazo de la economía mexicana “hacia el norte”: para el año 2010, el 80%

de las exportaciones mexicanas iba para Estados Unidos, lo cual ocasionó que el centro de gravedad de la economía mexicana diera un giro hacia el norte. Esto significaba que la integración fuera de nuevo un proceso de ida y vuelta, aunque asimétrico: si al día de hoy Estados Unidos tiene una inversión directa de 100 000 millones de dólares al sur de su frontera, la inversión directa de México en la Unión Americana ha llegado tal vez a los 11 000 millones, lo cual no representa el viejo proceso de fuga caprichosa de capitales, sino uno de inversiones productivas, algunas dirigidas al mercado creciente mexicano-americano.

La gente va a donde se encuentran los productos. En 1880 se nota de nuevo una coyuntura crítica en el régimen de Díaz: había sólo 7 000 norteamericanos viviendo en México y 70 000 mexicanos —de nacimiento— en Estados Unidos. Ciento treinta años después —dos generaciones—, las cifras respectivas eran 350 000 y 12 000 000, es decir, 50 y 170 veces más. Cabe hacer notar que en el mismo periodo la población estadounidense aumentó seis veces más y la de México 11. Además, la cantidad de habitantes de origen mexicano en la Unión Americana —no sólo de los nacidos en México— ha llegado a los 32 000 000, es decir, poco más del 10% del total de la población estadounidense. De ahí la importancia fundamental de las remesas de migrantes para la economía mexicana; el papel influyente de los mexicanos residentes en Estados Unidos en la política mexicana, no sólo en lo que se refiere a las elecciones sino también a la política local, para los migrantes que regresan a “casa”,⁵ y el temor exagerado de Samuel Huntington de que la migración masiva de proporciones e influencia sin precedentes fuera a debilitar la categoría de estado y la civilización estadounidenses.⁶

La gente trae consigo la *cultura*. Éste es otro término de moda que últimamente ha dado lugar a diversas definiciones y a algunos sueños excesivos de fantasía histórica. Por supuesto que, como se muestra en *Imperios, repúblicas y pueblos en pugna por el territorio*, las relaciones culturales entre México y Estados Unidos son un viejo tema. Los viajeros y escritores decimonónicos ponderaban el carácter y la historia de estos “vecinos distantes”, y en este proceso formularon y perpetuaron algunos estereotipos duraderos: por un lado el de un México ignorante, atrasado, esclavo de una Iglesia católica

5 Robert Smith, *Mexican New York: Transnational Lives of New Immigrants*, Berkeley, University of California Press, 2005.

6 Samuel P. Huntington, *Who Are We? America's Great Debate*, Londres, Simon & Schuster, 2005.

oscurantista, poblado de hidalgos irresponsables y peones holgazanes —que después serían los *greasers** del siglo XX—; por el otro, un Estados Unidos rapaz, protestante, materialista, desalmado, hipócrita y expansionista incansable. Es cierto que no todos los estereotipos eran negativos. Muchas generaciones de mexicanos encontraban aspectos admirables de la vida americana: los valores liberales que atrajeron a Benito Juárez y a Lorenzo de Zavala; el compromiso formal con el trabajo arduo y con la industria que la dinastía sonorenses de los años 1920 pretendía emular y, por supuesto, los altos salarios reales y el consumismo masivo que a lo largo de todo el siglo XX atrajo a millones de mexicanos a entrar en el mercado laboral de Estados Unidos.

Del lado estadounidense, la mexicanofilia era algo más inusual, pero a medida que en la época de la Revolución mexicana aumentó la movilidad hacia el país vecino, una generación de escritores, intelectuales y comentaristas sucumbió a la “gran moda de cosas mexicanas”.⁷ Quizá por ello esta movilización fue el primer ejemplo de turismo revolucionario colectivo en la historia de las Américas. Así fue como Lincoln Steffens, Ernest Gruening, Frank Tannenbaum, Carleton Beals y Stuart Chase se convirtieron en útiles aliados de la lucha que el Estado revolucionario naciente tenía que sostener para sobrevivir en los colmillos de la hostilidad conservadora y corporativa de Estados Unidos. Al igual que sus predecesores decimonónicos —bastante menos y con menor influencia—, éstas eran elites educadas y enamoradas de la rica cultura de México: su historia, arte, artesanía, su música y folclor. Pero conforme las relaciones entre los dos países se estrecharon, se dio una “masificación” —para usar un término desagradable, aunque útil— del contacto e intercambio cultural. Las camarillas de intelectuales le abrieron el camino a una cohorte de turistas, algunos de ellos serios, con verdadero interés cultural, que cruzaron la frontera en tren o por las nuevas vías carreteras, para ir a Tula o a Teotihuacan. Hacia los años sesenta se les unieron los hippies que querían viajar a Oaxaca en busca de María Sabina y en los ochenta Cancún empezó a llenarse cada año con el escándalo y la mala reputación de los *spring breakers* —vacacionistas de primavera—, una prueba, por si fuera necesaria, de que los viajes no siempre ilustran.

* *Greaser* significa literalmente grasiento. A partir de 1910, equivale a pelado, término despectivo con el cual se alude en Estados Unidos a los peones mexicanos. [Nota de la traductora.]

⁷ Helen Delpar, *The Enormous Vogue of Things Mexican: Cultural Relations Between the United States and Mexico, 1920-1935*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1992.

Por otra parte, millones de migrantes mexicanos también forjaron lazos con el otro lado de la frontera, lazos que han probado ser más fáciles de sostener gracias a las nuevas comunicaciones electrónicas. Es muy probable que ahora una mayoría de familias mexicanas tenga contacto directo con Estados Unidos, ya sea porque ha trabajado, ha ido de visita o ha mantenido relación con parientes que viven allá. Creo que una consecuencia de esto es que ambos países se conocen mejor, pero especialmente los mexicanos conocen más Estados Unidos que éste a México. El peso relativo de la migración es un indicador claro: 12 000 000 de mexicanos en la Unión Americana frente a 400 000 estadounidenses en México. Y, después de todo, los migrantes tienen mucho más que aprender sobre el país que los recibe que los turistas transitorios.

De hecho, esto que podríamos llamar asimetría cognitiva es una vieja historia, la cual refleja que en las relaciones desiguales los socios más débiles necesitan saber más sobre los “otros” poderosos, de lo que éstos necesitan saber sobre aquéllos. Por lo tanto, los políticos mexicanos tienen fuertes motivos para aprehender la mente americana. Arquíloco dijo que “la zorra sabe muchas cosas, mientras que el erizo sabe una gran cosa”.⁸ En esta relación bilateral, el erizo mexicano sabía sobre todo que tendría que lidiar y coexistir con Estados Unidos, mientras que éste, a la manera de la zorra —especialmente durante su evolución hacia una potencia global, a principios del siglo XX, y hacia una superpotencia en los años cuarenta—, tenía que confrontar una serie de retos, oportunidades y preocupaciones que demandaban un entendimiento cognitivo y un procesamiento globales. Quizá ésta sea una de las razones por la que los políticos estadounidenses han sido propensos a confiar en filtros simples, a través de los cuales cobra sentido una enorme realidad compleja y cambiante: los desafíos de Europa a la doctrina Monroe, el peligro del comunismo, la amenaza del terrorismo islámico. Los políticos mexicanos podían concentrarse en la “única gran cosa” —las relaciones con Estados Unidos—, mientras que su contraparte americana repartía su energía y atención en todo el mundo.

Una característica evidente de este contraste es el calibre y el desempeño de los representantes diplomáticos. México se ha beneficiado de algunos representantes en Washington capaces y duraderos, como Matías Romero

8 Isaiah Berlin, *The Hedgehog and the Fox: An Essay on Tolstoy's View of History*, Nueva York, Simon & Schuster, 1966.

(1882-1898) y Francisco Castillo Nájera (1935-1945); pudo contar también con intermediarios que se habían educado en Estados Unidos, como Ramón Beteta, quien fue alumno de la Universidad de Texas. La Unión Americana, por el contrario, había enviado diplomáticos que a menudo rayaban en la mediocridad y, en otras ocasiones, en lo desastroso. Durante la etapa revolucionaria, de 1910 a los años veinte, Henry Lane Wilson y James R. Sheffield se distinguieron notablemente por su incapacidad para entender lo que estaba sucediendo y por su propensión contraproducente a la intimidación y a las amenazas. La causa de esto puede ser, en parte, el *spoil system* norteamericano —sistema de clientelismo político por lo que se refiere a los cargos—, pero más que nada su tendencia a considerar a México como un cargo menor, menos codiciado, un país en el que —para citar al secretario de Estado Olney en su famosa *twenty one inch gun note*: nota de cañón de calibre 50, de 1895— Estados Unidos es prácticamente soberano en este continente y “sus órdenes son ley”.⁹ Desde el inicio de la gestión de Joel Poinsett, los diplomáticos estadounidenses se habían entrometido en los asuntos mexicanos, pero a medida que Estados Unidos se hizo más poderoso y que, después de 1914, el contrapeso europeo se fue debilitando, la intromisión americana se hizo más importante.

El erizo mexicano respondió afilando sus espinas. Mientras es verdad, como mencioné antes, que en México los estudios académicos sobre Estados Unidos son bastante recientes, el aprendizaje práctico de la política diplomática es viejo y le ha sido útil durante muchos años. Es bien conocido el extenso cabildeo llevado a cabo en la administración de Carlos Salinas para asegurar la aprobación del Tratado de Libre Comercio bien descrito en *¿Destino no manifiesto?, 1867-2010*, pero ha habido muchos precedentes menos sistemáticos y, sin duda, menos costosos. Durante la Revolución mexicana, el general Venustiano Carranza envió a Luis Cabrera a Washington a convencer al presidente Woodrow Wilson de la justicia de esa guerra, no solamente como una causa política sino como un movimiento de reformas sociales y emancipación popular. En efecto, Wilson levantó el embargo de armas, con lo que facilitó la derrota militar de Victoriano Huerta en la lucha revolucionaria. Veinte años después, cuando las reformas cardenistas llegaron a su punto más radical, fue evidente una capacidad de persuasión semejante, no menos obvia que la desplegada en la ciudad de México, en donde

9 Graham H. Stuart, *Latin America and...*, p. 49.

al embajador Josephus Daniels se le convenció acerca de la admiración de los mexicanos por Franklin Delano Roosevelt y de la —supuesta— estrecha afinidad entre el cardenismo y el Nuevo Trato.

Al mismo tiempo, Cárdenas pudo contar con el cálido apoyo de Frank Tannenbaum, así como Calles tuvo la ayuda de Ernest Gruening. El poder “suave”, es decir, el poder de persuasión y de la diplomacia cultural, no era monopolio de las grandes potencias, los mexicanos necesitaban conocer cómo era el pulso de Estados Unidos.¹⁰ Podían no haber existido estudios académicos y centros de investigación, pero fue valiosa la experiencia personal de “aprender sobre la marcha”. Especialmente los políticos mexicanos nunca consideraron a Estados Unidos como una bola de billar sólida e indiferenciada, sino que percibían las fisuras y las divergencias que podían explotar. Cuando en los años veinte México era el blanco de la hostilidad petrolera, los políticos y diplomáticos mexicanos pudieron obtener la aprobación de los banqueros pragmáticos, como Dwight Morrow, para contrarrestar la beligerancia de los petroleros, representados por el senador Albert Fall. Por otra parte, también Luis Morones y la CROM pudieron forjar lazos útiles con sus contrapartes estadounidenses, Samuel Gompers y la American Federation of Labor. Sin duda, en sus tratos con Estados Unidos la CROM combinaba un cabildeo activo con un espionaje no menos efectivo.¹¹ Así como los actores sociales subalternos se las ingeniaban para obtener lo máximo de sus limitados recursos en sus tratos con los superiores poderosos, también México podía desplegar las “armas diplomáticas de los débiles” —al estilo del erizo— para evadir las amenazas de Estados Unidos o para inducir su complacencia.¹²

10 Joseph S. Nye, Jr., *Soft Power: The Means to Success in World Politics*, Nueva York, Perseus Books, 2005.

11 Aprovechándose del ebrio y endeudado agregado militar de los Estados Unidos, los agentes de la CROM consiguieron acceso a documentos secretos que permitieron al gobierno de Calles resistir la presión americana, acelerando también el retiro del embajador Sheffield y su sustitución por Dwight Morrow, más empático y “suave”. La historia puede verse con todo detalle en el Archivo Plutarco Elías Calles, Fideicomiso Calles-Torreblanca, ciudad de México.

12 Véase James C. Scott, *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press, 1985, *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, New Haven, Yale University Press, 1990. El enfoque de Scott se ha aplicado creativamente a la diplomacia mexicana en John J. Dwyer, “Diplomatic Weapons of the Weak: Mexican Policy-making during the US-Mexican Agrarian Dispute, 1934-41”, *Diplomatic History*, v. 26, n. 3, verano de 2002, p. 375-395.

Aquí surge una última observación. Desde el trauma de la guerra México-Estados Unidos, hace 160 años, las relaciones entre ambos países han sido más bien pacíficas. Claro que Estados Unidos tuvo dos intervenciones violentas en México durante la fase armada de la Revolución mexicana: la inapropiada y contraproducente ocupación de Veracruz, en 1914, y la persecución prolongada e infructuosa que la Expedición Punitiva de 1916-1917 hiciera a Pancho Villa. Lo impactante de estos eventos, hablando en términos históricos comparativos, no es la severidad de los mismos, sino su moderación e intrascendencia. Aunque en 1914 algunos norteamericanos patriotereros recomendaban entrar a la ciudad de México, el presidente Wilson rechazó una violencia mayor; él había tenido la ingenuidad de pensar que los invasores estadounidenses serían bien recibidos por los agradecidos mexicanos, por lo que las pérdidas fueron un *shock* para él. Dos años después, la Expedición Punitiva fue, discutiblemente, una respuesta necesaria, aunque mesurada, al ataque de Villa en Columbus, Nuevo México, durante el año de elecciones presidenciales. Ha habido razón para criticar a Wilson por haber recurrido a la violencia, particularmente en el caso de Veracruz; pero teniendo en mente —como los historiadores deben hacerlo siempre— la amplia gama de opciones contrafactuales, éstas no fueron acciones en especial agresivas; es más, desde mi punto de vista, no tuvieron efectos decisivos en el desarrollo de la Revolución.

Más adelante, después de unos diez años (1917-1927) de tensión diplomática y de altercados, las relaciones mexicano-americanas entraron en una etapa más rutinaria. Naturalmente, las décadas posteriores generaron disputas: asuntos relacionados con el petróleo, reclamos por daños, migración, seguridad fronteriza y narcóticos. Con excepción de que el presidente Luis Echeverría coqueteó con el tercermundismo e hizo denuncias del sionismo, las rencillas entre México y Estados Unidos fueron de carácter práctico más que ideológico. Más que haberse originado por diferencias profundas en política o por su concepción del mundo, surgieron por las inevitables fricciones debidas a su vecindad. Es decir, de acuerdo con las observaciones que hace muchos años hizo Howard Cline, la Revolución mexicana, comparada con la cubana, se convirtió en una especie de “revolución preferida”; sin duda, México jugó un papel convenientemente discreto de puente entre Estados Unidos y su antagonista cubano. Dejando a Cuba a un lado, podemos comparar este récord de coexistencia relativamente pacífica con otras relaciones internacionales bilaterales, en las que el conflicto y su legado han sido

más fuertes y sostenidos: Irlanda y Gran Bretaña, Polonia y Alemania, Polonia y Rusia, China y Japón.¹³

Si, a manera de conclusión, buscamos explicar la ausencia relativa de conflictos violentos, valdría la pena mencionar tres aspectos. Tenemos, en primer lugar, el argumento eminentemente realista de que, al menos después de 1848, México no consideró que tuviera caso un conflicto armado con su poderoso vecino del norte; de ahí que, por ejemplo, el Telegrama Zimmerman de 1917 fuera una estratagema absolutamente errónea por parte del gobierno imperial alemán. Más bien, México fue inteligente para pelear o, para volver a la metáfora de Arquiloco, se enrolló, como una bola llena de espinas, al adoptar una estrategia de resistencia pacífica y al explotar las “armas diplomáticas del débil”.

En segundo lugar, Estados Unidos adoptó medidas pacíficas y generalmente de no confrontación, lo cual, según algunas opiniones, puede atribuirse al “carácter nacional” de los norteamericanos, a su aversión histórica al imperio formal y a su compromiso, a la manera de Wilson y de otras formas, con la autodeterminación y la democracia. Pero en otras partes de América Latina —por no decir que en todo el mundo— la moderación americana y el respeto a la autodeterminación han sido menos visibles; es el caso de Guatemala en 1954, de República Dominicana en 1965, Chile en 1973 y Nicaragua después de 1979. Yo considero más bien que Estados Unidos ha llegado a la conclusión, en lo que se refiere a México, de que la fuerza —ya sea real o con amenazas— tendía a ser contraproducente, que —según demostró el embajador Dwight Morrow, a finales de 1920— la zanahoria tiene mejor efecto que el garrote.

En tercer lugar, Estados Unidos llegó a esta conclusión a la luz del carácter de México como un país vecino que poseía, por un lado, una topografía masiva difícil, escabrosa, cuya invasión significaba un reto mucho mayor que la República Dominicana o Panamá y, por otro, un fuerte sentido nacionalista que no le permitía someterse fácilmente a su intervención o a su mandato. Gracias en parte a las primeras intervenciones de Estados Unidos —de manera notable a la Guerra de 1846-1848—, México desarrolló un nacionalismo vigoroso y una capacidad semejante para la movilización

13 Cf. Jan F. Triska, *Dominant Powers and Subordinate States: The United States in Latin America and the Soviet Union in Eastern Europe*, Durham, Duke University Press, 1986.

nacionalista, ya fuera en la resistencia militar a los franceses, en los años de 1860, o en la movilización política en apoyo al presidente Cárdenas, en tiempos de la expropiación petrolera de 1938. El erizo era un erizo nacionalista espinudo, aunque en general no era un erizo xenofóbico; son muy exageradas las aseveraciones sobre un antiamericanismo profundamente enraizado que impregnaba la conciencia popular mexicana y que determinaba la política mexicana.¹⁴ Sin embargo, el tamaño de México, a la par de un fuerte sentimiento nacionalista, significó costos muy altos por la intervención extranjera, tal como se dieron cuenta los franceses. Por otra parte, las múltiples preocupaciones geopolíticas de Estados Unidos —la zorra distraída del siglo XX— significaban que las buenas relaciones con México, o por lo menos sin conflicto, eran inusuales y por tanto valiosas. Tales inquietudes gobernaron la política de Wilson con México en 1914-1918, en plena Primera Guerra Mundial en Europa, como sucedió con Roosevelt en 1938-1945, durante la confrontación y derrota de las potencias del Eje. En esta ocasión, los mexicanos también estaban muy conscientes de estos agobios y los supieron aprovechar. Aun hoy, con el avance de la globalización y la integración norteamericana, la noción de que México está en proceso de ser absorbido por una “Naftilandia pocha” (¿o debería ser TLCilandia?) es un reduccionismo economicista sin sentido. Como otras naciones, México puede vivir con globalización e integración regional sin perder su fuerte sentido de identidad nacional.

Por último, México y Estados Unidos tienen de hecho tantas diferencias notables como cosas en común. Es cierto que sus puntos de partida coloniales fueron diferentes. El régimen colonial le dejó a México, además de una herencia minera y latifundista, el derecho romano, la estratificación étnica y una poderosa Iglesia católica; hasta ahí, la “leyenda negra” está bastante basada en la realidad. Mientras el colonialismo británico —fuera del Sur— legó un sector más robusto de pequeños propietarios, el derecho común (*Common Law*), la segregación étnica —incluso el etnocidio— y un protestantismo más diverso y descentralizado. En parte, estos puntos de partida diferentes marcaron las divergencias entre México y Estados Unidos, en términos de su economía política durante el siglo XIX. Pero también tenían semejanzas notables. Después de la independencia, ambos países se convirtieron

14 Como he argumentado en otra parte. Alan Knight, *US-Mexican Relations, 1910-1940: An Interpretation*, San Diego, UCSD, Center for US Mexican Studies, 1987.

en repúblicas poscoloniales —los dos episodios “imperiales” de México fueron breves y confirmaron más bien las lealtades republicanas del país—. Ambos combinaron las constituciones liberales con amplias economías de mercado; incluso durante la fase más radical de la Revolución mexicana —el periodo de Lázaro Cárdenas— las reformas de Estado tenían que coexistir con disciplinas de mercado y con una “burguesía nacional” grande y creciente. Esto motivó que aun banqueros americanos, como Lamont y Morrow en los años veinte, o secretarios de Estado pragmáticos, como Henry Morgenthau en los treinta, se dieran cuenta de que México era un país con el que podían negociar. Ni el nacionalismo mexicano ni sus reformas sociales fueron tan lejos como para significar una amenaza mortal para los intereses de Estados Unidos al sur de la frontera.

Evidentemente, la política y el sistema político mexicano tenían grandes vaivenes, a menudo parecidos a los de Estados Unidos. Los dos países tuvieron guerras civiles significativas en los años sesenta del siglo XIX, durante los cuales triunfó el liberalismo y fue salvada —o “restaurada”— la República. Ambos vivieron décadas de crecimiento económico rápido, pero muy desigual: compárese el Porfiriato con la Edad del Oropel en Estados Unidos. En los años siguientes a 1910, a manera de reacción, cobraron fuerza movimientos progresistas, y después de las administraciones prácticas y amistosas con los negocios de los años veinte, las reformas de Estado sociales y económicas fueron el *leitmotiv* de los treinta, hasta que la Segunda Guerra Mundial y la guerra fría dieron paso a un periodo renovado de hegemonía del mercado, de crecimiento económico sostenido y de marginación de la izquierda

Finalmente, después del colapso del sistema Bretton Woods, en los años setenta, y el inicio del Consenso de Washington, en los ochenta, ambos países han virado hacia un liberalismo *laissez faire* más regresivo. Por supuesto que la coincidencia no es perfecta, ni tampoco debe entenderse como que estos paralelismos revelan un México “reflejo”, siguiendo fielmente las tendencias americanas —con frecuencia los paralelismos derivan en una causalidad global común, por lo que son evidentes en cualquier otra parte de las Américas o aun en Europa—. Pero queda el hecho de que a pesar de sus diferencias iniciales, estos dos “vecinos distantes” tenían muchas cosas en común: México no era Irán o Somalia, ni era la Unión Soviética o el Japón imperial —la intervención japonesa en China tuvo un efecto mucho mayor en la Revolución china que el que haya tenido cualquiera de las intervenciones de Estados Unidos en la mexicana.

El hecho de compartir un cierto grado de “cultura” en común —política, económica y religiosa— no impedía los conflictos, pero los mantenía en límites convenientes, especialmente dada la asimetría inhibitoria de la relación bilateral. Por lo tanto, mientras que la historia de las relaciones de Estados Unidos y México, relatada de manera compendiada en estas páginas, es casi siempre una relación conflictiva, el grado de conflicto, al menos desde 1848, es significativamente menor de lo que podría haberse esperado, especialmente si recordamos la historia sangrienta y beligerante de otros vecinos “distantes” y crónicamente en conflicto: Gran Bretaña e Irlanda; Alemania y Polonia; Rusia y Polonia; Japón y China. Según la observación de Gibbon, la historia puede ser “un poco más que el registro de los crímenes, locuras y desgracias de la humanidad” y en estas páginas se hace referencia a un buen número de crímenes, locuras y desgracias. Pero no puedo evitar llegar a la conclusión de que, al menos durante los últimos 163 años, éstos han sido menos graves y de menores consecuencias de lo que podía esperarse, dado lo que había acontecido en el pasado y lo que sucedió en otras partes del mundo durante esas dieciséis décadas.*

Alan Knight
Oxford University

* Traducción de María Teresa Azuara Sánchez.